

**Reseña del libro Walter Scheidel:**  
***The Great Leveler. Violence and the  
History of Inequality from the Stone  
Age to the Twenty-first Century,***  
Princeton University Press, 2018

**Enrique Rajchenberg S.**

SON contados los historiadores que se atreven en la actualidad a indagar un fenómeno desde que el *homo sapiens* existe hasta los umbrales del siglo XXI. La historiografía, económica, política, cultural o social, ha preferido refugiarse en temporalidades cortas, menos en virtud del esfuerzo que requiere extender la mirada a través de varios siglos o milenios, sino sobre todo por el descrédito que sufrieron desde la década de 1980 los grandes paradigmas teóricos susceptibles de organizar el conocimiento científico, de conferir un sentido a los hallazgos documentales, de formular grandes preguntas y descubrir regularidades en periodos dispares a pesar de los contextos cambiantes. A ello se agrega la presión administrativa ejercida por los centros de investigación al establecer criterios cuantitativos de producción intelectual, mismos que obligan a acotar la duración de cada estudio y, por lo tanto, a autolimitarse en la extensión de su entrega final. Por ello, es sorprendente el libro de Walter Scheidel, profesor de la Universidad de Stanford, quien se propuso explicar por qué acontecen a lo largo de la historia de la humanidad breves episodios de nivelación de la riqueza en muy distintas sociedades y, correlativamente, prolongados momentos de desigualdad. La brevedad reside en que fatalmente el crecimiento económico y las arquitecturas político-estatales conducen a una desigualación *-disequalization-* de la riqueza y del ingreso. En otras palabras, la producción de un considerable excedente económico en una sociedad es requisito de la desigualdad, esto es, de la apropiación por muy pocos de una parte desproporcionada con su número de la riqueza socialmente generada. De ahí, por qué las sociedades cazadoras y recolectoras hayan sido igualitarias, carentes de una organización política estable y de un aparato estatal, lo cual condujo, por ejemplo, a los conquistadores españoles a designar a los habitantes septentrionales de la Nueva España como bárbaros porque no vivían en *policía*.

Quien conozca el afamado libro de Thomas Piketty<sup>1</sup> se habrá percatado inmediatamente que en el impulso historiográfico de Scheidel se encuentra la huella de este economista francés quien demostró que el grado de desigualdad alcanzado en las sociedades capitalistas actuales no sólo es creciente, sino que además parece constituir un retorno al que existió durante buena parte del siglo XIX. Sin embargo, a diferencia del autor de *El capital en el siglo XXI*, Scheidel, como lo veremos, no deposita ningún sentimiento esperanzador para establecer una sociedad más igualitaria con una política fiscal que imponga más altos tributos impositivos a las grandes fortunas o a las herencias o incluso en una revigorización del Estado de bienestar. Por supuesto, está de más decir que la postura teórica de nuestro autor difiere enteramente de la propuesta de Simon Kuznets para quien el crecimiento económico impulsado por la industrialización conducía inexorablemente a una más equitativa distribución del ingreso.

Scheidel emprende su larga travesía por varios milenios de historia y por todos los continentes armado de dos dispositivos. El primero consiste en su recurso al conocimiento proporcionado por un vasto repertorio de disciplinas científico-sociales y de las humanidades. ¿Cómo, por ejemplo, indagar la desigualdad en el mundo helénico antiguo o en el mesopotámico si no es respaldado por la arqueología? El segundo se refiere a la utilización de un indicador de desigualdad que pueda ser aplicado a un vasto abanico de sociedades y, consecuentemente, de contextos históricos tan diversos como el Imperio chino del siglo VI antes de nuestra era y a Estados Unidos durante la Guerra de Secesión. Scheidel optó por el coeficiente de Gini, mismo que puede ser un indicador engañoso, como lo advirtió James C. Scott en su reseña del libro de Marras,<sup>2</sup> pero que permitió al autor, en ausencia de otras fuentes, aproximarse a una medida de la desigualdad con base en las diferentes superficies de las casas de personas pudientes y de otras que no lo eran de alguna ciudad de hace varios milenios, por ejemplo, y que hoy son consideradas vestigios arqueológicos o, también con fundamento en el lujo de ciertas tumbas o de su austeridad.

La tesis principal de Scheidel consiste en que la violencia es la única que logra muy esporádicamente a lo largo de la historia humana volver menos dispar la distribución de la riqueza. En cierto modo, la violencia, sin producir una distribución perfectamente igualitaria, vale decir, en que el coeficiente de Gini es igual a cero, reduce la distancia entre super ricos y pobres. Tesis indudablemente pesimista no sólo por la baja frecuencia con que esos acontecimientos históricos se presentan, sino y sobre todo por el sufrimiento humano que implican. Llegamos de este modo a la parte medular del libro. Estos acontecimientos arriban cabalgados por quienes Scheidel denomina bíblicamente los cuatro jinetes del Apocalipsis. Se trata de la guerra, la revolución, el colapso de los sistemas y la quiebra del Estado y, por último, la peste

1 Me refiero a *El capital en el siglo XXI*.

2 La reseña de Scott se encuentra disponible en London Review of Books: <https://www.lrb.co.uk/the-paper/v39/n20/james-c.-scott/take-your-pick>

o, en otras palabras, la epidemia.<sup>3</sup> Los mecanismos mediante los cuales reducen la desigualdad preexistente son diversos. Puede deberse a la expropiación de los bienes de los más ricos, como en el caso de las revoluciones; a la supresión del Estado que otorgaba generosos privilegios a un minúsculo grupo cercano al poder político o que era quien lo ejercía; a la contribución forzada, mediante una fiscalidad altamente progresiva, al financiamiento del esfuerzo bélico y a la reducción severa de la mano de obra.

Los casos que sustentan la tesis pertenecen a épocas y lugares totalmente alejados unos de otros. Por ejemplo, el “jinete” que destituye a una dinastía imperial china y a toda su camarilla está separada por varios siglos del equivalente en el colapso imperial romano. Algo semejante sucedería con la conquista española de América que dismanteló al Estado mexica y desplazó a los ocupantes del vértice de la pirámide sociopolítica, aunque no resulta evidente que ésta diera lugar a una reducción de la desigualdad si no es porque las clases privilegiadas prehispánicas sucumbieron y se acercaron a la condición patrimonial de los macehuales del orden social anterior.

Sin embargo, la mayor importancia de Walter Scheidel es la consagrada a los efectos de las dos guerras mundiales del siglo xx, por una parte, porque es más factible y confiable la medición de la desigualdad antes y después de la contienda y, por otra, porque nunca antes en la historia y nunca –hasta ahora– después fueron movilizados tantos efectivos en los ejércitos beligerantes. Cien millones de soldados fueron movilizados durante la Segunda Guerra Mundial, de los cuales pereció una quinta parte, al igual que cincuenta millones de civiles. Esto último significó sostener a una población en armas, sustraída de las actividades productivas y que sólo podía ser alimentada, vestida, pertrechada, con recursos, proporcionados por los estados, provenientes a su vez de una fiscalidad progresiva. En los países involucrados en la contienda mundial de principios de siglo xx, la tasa impositiva sobre el ingreso alcanzó 50%. El coeficiente de Gini evidentemente descendió, o sea la brecha entre el decil superior y el inferior de la distribución del ingreso se encogió, lo cual es también consecuencia de la destrucción del capital físico. Más aun, si las llamadas tres gloriosas, es decir, las tres décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, exhiben una redistribución del ingreso, ello se debería más a las secuelas de la coyuntura bélica y de la presión fiscal de aquellos años que a la voluntad política de los estados de bienestar: “Un amplio número de estudiosos coincide en que la experiencia de las guerras mundiales fue un catalizador crucial para la creación del moderno Estado de bienestar” (p. 169). La prueba radicaría en que a medida que las secuelas de la guerra se diluyeron y la acumulación de capital reanudó y reconstituyó la distribución del ingreso se volvió desigual para llegar a los extremos de disparidad actuales. Ahora bien, no existe una relación causal mecánica entre guerra e igualación de riqueza, sino que aquella está mediada por los efectos sociopolíticos de la guerra. Por ello,

<sup>3</sup> En el texto escrito por San Juan, los cuatro jinetes montados sobre cuatro caballos de colores diferentes simbolizan la peste, la muerte, la guerra y el hambre.

el análisis de Scheidel se desplaza del ámbito estrictamente económico hacia uno de carácter sociológico. La experiencia de los racionamientos de los alimentos, los bombardeos indiscriminados del enemigo sobre barrios tanto de clases acomodadas como de clases humildes, tiende a reducir la distancia social entre éstas sin suprimirla. Aunque los ejércitos son la institución menos democrática de los regímenes políticos, involucrar a la ciudadanía en una guerra, implica forzosamente la construcción de cierto consenso y consiguientemente el reconocimiento de derechos largamente disputados por los sectores populares y que no habían aún logrado su aceptación por las clases gobernantes.

En lo que se refiere a las epidemias, el caso más notable es el de la llamada peste negra que asoló a Europa a mediados del siglo XIV y cuyo saldo fue la muerte de la mitad de la población, aunque nuestro autor ofrezca una cifra algo más conservadora pero asimismo elevada.<sup>4</sup> Por supuesto, no fue la única epidemia en la historia de la humanidad. Otros episodios epidémicos de gran magnitud, ya en la época moderna, fueron la epidemia del cólera de 1831-1833 y la de la influenza en 1918. Sin embargo, ninguno de estos dos últimos redujeron la oferta de mano de obra como lo hizo la peste negra, lo cual obligó a elevar las remuneraciones de los trabajadores e incluso a alterar las actitudes sociales entre poderosos y plebeyos y a reducir el coeficiente de Gini por lo menos hasta la recuperación de los niveles de población previos a la peste, esto es, hasta el siglo XVII.<sup>5</sup>

No obstante, lo que Emmanuel Le Roy Ladurie denominó “la unificación microbiana del mundo” tras la llegada de los españoles a América constituyó el fenómeno más mortífero hasta ahora conocido. La estimación porcentual del vertiginoso descenso de la población originaria depende del cálculo de los habitantes prehispánicos, pero no hay duda de que los sobrevivientes representaron una fracción menguada y que, por lo tanto, el monto de mano de obra disponible se redujo considerablemente. Según Scheidel, un cataclismo de tal envergadura debería haber generado un incremento de las remuneraciones de los indígenas, si no fuera por la intervención del gobierno virreinal imponiendo la coerción al trabajo y “suprimiendo la negociación salarial” (p. 318).<sup>6</sup> El siglo XVII, en cambio, dio lugar a una “liberalización de los mercados de

4 Scheidel refiere cálculos actuales que estiman entre 25 y 40% de la población fallecida, aunque algunas regiones como Inglaterra y Gales perdieron la mitad de sus habitantes.

5 “Reports of the aftermath of plague were punctuated by complaints of insolent servants, artisans and county labourers fully aware of their own scarcity value and demanding exorbitant wages. This was the price of disproportionately high losses among the labouring poor” (Brian Pullan, “Plague and perceptions of the poor in early modern Italy” en Terence Ranger y Paul Slack (coord.), *Epidemics and ideas. Essays on the historical perception of pestilence*, Cambridge University Press, 1992, p. 119).

6 La afirmación es de dudosa validez científica puesto que equivaldría a una hipótesis contrafactual imposible de sostener desde su propio enunciado: implicaría admitir lo que hubiera sucedido si no hubiera habido colonialismo, en cuyo caso tampoco se habría producido el cataclismo demográfico.

trabajo” (p. 318),<sup>7</sup> misma que favoreció un incremento de los salarios que se prolongó hasta bien entrado el siglo XVIII, equiparándolos a los percibidos en esta misma época por los trabajadores de Europa noroccidental, los más elevados de aquel entonces.

En síntesis, sólo la violencia bajo sus diversas modalidades apocalípticas es susceptible de volver al mundo menos desigual. Más aún, no es toda revolución la que tiene ese efecto ni tampoco toda epidemia, como se acaba de señalar. El contraste más evidente sería entre la Revolución francesa y la rusa. Aunque la primera es concebida como aquella que barrió al Antiguo Régimen hasta remover sus cimientos con guillotinas y demás instrumentos menos terroríficos, fue mucho más suave y sus consecuencias niveladoras ni tan profundas ni tan duraderas como sí lo fue la encabezada por Lenin. Tampoco es de esperar de la actual pandemia de Covid-19 consecuencias semejantes a las del siglo XIV europeo, ya que la mortalidad por esta causa es felizmente sólo de 0.01% de la población mundial. De hecho, asistimos a un recrudescimiento de la desigualdad en niveles sin precedentes en el siglo XX y en lo que llevamos del XXI. Tras la caída del muro de Berlín no existen posibilidades, dirá, de una revolución comunista, tampoco habrá epidemias devastadoras y tampoco guerras que movilicen a millones de mujeres y hombres como durante las dos grandes contiendas del siglo XX. Aunque descarta la eventualidad de una guerra mundial (no olvidemos que su libro está fechado antes de los hechos desencadenados por la invasión de Rusia a Ucrania), lo más probable es que una contienda entre superpotencias hoy en día implicaría que dejaran de existir tanto ricos como pobres puesto que sería la humanidad completa la que desaparecería. ¿Conclusión pesimista? Ciertamente porque la Gran Razón (*the Big Reason*) por la que en otras épocas se logró cerrar la brecha, a saber, “las interrupciones masivas y violentas del orden establecido” (p. 443) ya no estarían en el horizonte cercano: “Las perspectivas de una futura nivelación *–leveling–* son escasas” (p. 443).

Es consustancial a los estudios históricos como el emprendido por Walter Scheidel definir leyes que gobiernan la recurrencia de fenómenos socioeconómicos como si éstas operaran más allá de la voluntad de los hombres y de las mujeres, a tal punto que parecen adquirir el carácter de poderes de la Providencia. Por lo tanto, dejan poco o ningún espacio a la *agency*, esto es, a la capacidad de actuación de los individuos. Tal vez, éstos tienen que enfrentar a fuerzas que los hacen fracasar en sus intentos por alcanzar un mundo menos desigual e injusto o no lograr enteramente el propósito inicial, sino sólo parcialmente y nunca de manera definitiva. Y sin embargo, aun sabiéndolo de antemano, emprenden esa tenaz lucha que la generación anterior dejó inconclusa.

<sup>7</sup> No discutiré aquí el anacronismo conceptual de Scheidel respecto a, por una parte, los supuestos mercados de trabajo de la época colonial temprana y, por otra, la pertinencia de la categoría salario en la misma época.

**190**

